## Marta Perego

# La felicidad en tu maleta

Consejos prácticos y reflexiones para mujeres viajeras



zenith

### MARTA PEREGO



## LA FELICIDAD EN TU MALETA

Consejos prácticos y reflexiones para mujeres viajeras



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Título original: Le felicità è a portata di trolley

Primera edición: junio de 2018

© Marta Perego, 2017

© de la traducción, Itziar Rey Pérez de Pipaon, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Zenith es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A. Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.zenitheditorial.com

www.planetadelibros.com

Elementos gráficos: © Keep Calm and Vector (Shutterstock), CkyBe (Shutterstock)

ISBN: 978-84-08-18774-5 Depósito legal: B. 11170-2018 Fotocomposición: gama, sl Impreso y encuadernado por: Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.



### **SUMARIO**





página 13



página 39





### 4. PREPARARSE, PERO SIN PASARSE

página 99



### **5. DURANTE EL VIAJE**

página 137



**6. POR FIN EN OTRA PARTE** 

página 165



página 199



### 8. LISTAS PARA UN NUEVO VIAJE

página 227



página 255



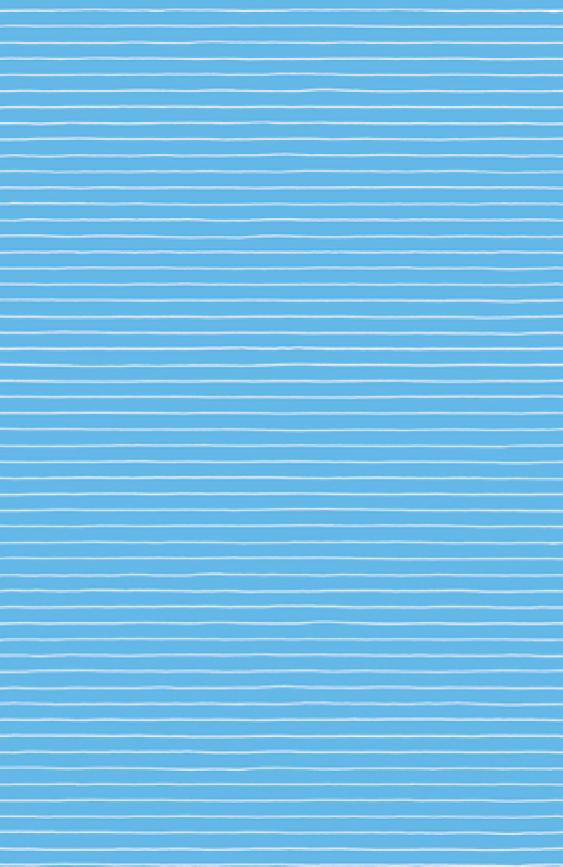
# 1

### <u>\_\_\_\_</u>9

# DIME CÓMO HACES LA MALETA Y TE DIRÉ QUIÉN ERES









# SESPEJITO, ESPEJITO

o digo desde ya para que quede bien claro: soy una mujer sumamente desordenada. Mis escritorios son un amasijo de hojas de papel y objetos amontonados, odio hacer el cambio de armarios y no soy especialmente propensa al arte de ordenar las cosas.

Hasta hace pocos años, para mí hacer la maleta solo significaba meter en un *trolley* lo primero que se me pasaba por la cabeza con la esperanza de acertar y no encontrarme en Cortina d'Ampezzo en pleno mes de enero con un pantalón corto, o en Formentera en agosto ataviada con un impermeable.

### • CAPÍTULO 1 •

Yo practicaba el arte de amontonar cosas, y si algo no cabía, añadía bolsas y bolsitas, incluso algunas embarazosas que llevaban escritas cosas como «Festival de cortometrajes de Bressanone» con una iguana negra sobre fondo amarillo. Bueno, pues en esas bolsas solía meter los zapatos de tacón de doce centímetros.

Llevaba mi caos con elegancia y me sentía muy *chic*, incluso cuando luego me ponía las chaquetas arrugadísimas y los zapatos con el tacón roto (los que había metido en la bolsa de la iguana).

No lograba moderarme ni siquiera cuando mi desorden se volvía contra mí, por ejemplo, cuando arrastraba el *trolley* con el bolso debajo del brazo, un par de bolsas en la mano y una mochila al hombro y me sonaba el teléfono. «¿Dónde lo he metido? ¿Estará en el fondo del bolso? ¿Cómo me las arreglaré para cogerlo?».

Me paro en mitad de la calle, el *trolley* se cae, las bolsas que llevo en la mano también, el móvil sigue sonando, abro el bolso apoyándomelo en la barriga y empiezo a sacar pintalabios rotos, bolígrafos sin tinta, restos de medicamentos caducados en 1998 («pero ¿en serio tenía gastritis a los 14 años?»).

El móvil sigue sin aparecer y ya ha dejado de sonar; me agacho, empiezo a sacar monederos, paquetes de tampones, sobres vacíos, lápices de ojos con la punta rota, los restos de un plátano, una cucharilla, un yogur caducado (me ha pasado de verdad, podéis vomitar)... Al cabo de media hora larga, aparece el móvil. Devuelvo la llamada de prisa y corriendo.

«Sí, buenos días, soy Marta Perego, ¿me han llamado?»

«Sí, mire, necesitábamos a una presentadora para una velada importantísima y de mucho glamur. El invitado de excepción es Michael Fassbender, con el que luego íbamos a cenar, pero como no me ha contestado ya hemos encontrado a una sustituta.»

Y yo ahí, sumergida en mi caos, en medio de un cementerio de bolsas, maldiciéndome por mis errores.

Pero un buen día todo cambió.

En calidad de periodista de cine y cultura —lo que en inglés se llamaría *entertainment reporter*, que queda mucho más profesional—, una mañana de finales de agosto de 2012 estaba a punto de salir de viaje para cubrir, durante doce largos días, la Muestra Internacional de Cine de Venecia. Tengo una foto que documenta aquel instante, en la que aparezco en la puerta de mi casa con dos maletones, una mochila de aventuras en el mundo y cuatro bolsas del supermercado Esselunga.

Chicas, no es broma, llevaba cuatro bolsas del súper Esselunga.

Obligué a mis pobres compañeros a ayudarme a transportar mi variopinto equipaje desde mi piso hasta el coche (había tenido la brillante idea de irme a vivir a una típica casa *di ringhiera*<sup>1</sup> milanesa, a un tercer piso sin ascensor).

En el coche todo fue bien: las bolsas puedes meterlas en cualquier sitio, incluso debajo de los asientos. Los problemas vinieron después, cuando llegamos al Lido.

Al llegar a la habitación del tranquilo y alegre B&B de tres estrellas en el que me alojaba, abrí las maletas y las bolsas y empecé a tirarlo todo encima de la cama, convencida de que iba a tenerlo todo arreglado en un pispás. Pero enseguida me di cuenta de lo equivocada que estaba, pues me había olvidado:

- el pijama
- el cepillo de dientes
- el líquido de las lentillas
- el lápiz negro (¿cómo puede una vivir sin lápiz negro?)
- dos faldas
- 1. En español, casa «de la barandilla». Tipo de edificación en la que en cada piso hay varias viviendas que comparten el mismo balcón, donde por lo general se sitúan las puertas de entrada.

- un jersey (ese día hacía estábamos a 30 °C, pero la semana siguiente estaríamos a 17 °C. ¿Quién iba a imaginárselo?)
- un impermeable K-way (en el Lido siempre llueve)
- unos zapatos que no fueran sandalias abiertas de vacaciones en Grecia en agosto
- champú

Y fue en ese momento, en el que me di cuenta de que me había olvidado el champú, cuando se vinieron abajo todas mis certezas.

Miré las bolsas del supermercado Esselunga con el mismo odio que se siente por las ex de nuestros novios que tienen una talla 95 de sujetador. Salí de la habitación dando un portazo y me dirigí al jardín del hotel. Me senté en la butaca de mimbre mirando al cielo bochornoso de Venecia con las bolsas en las manos. No podía seguir así: mi desorden iba a acabar conmigo.

Unos minutos más tarde me fui al supermercado Oviesse de la esquina y compré las cosas que me faltaban, incluidas unas chanclas —que también se me habían olvidado— de corazoncitos rosas. Aún las tengo, las uso para ducharme, les tengo cariño.

Pero esta no es la cuestión; la cuestión es que una no siempre se puede equivocar e ir a tientas. La cuestión es que aquellas bolsas y aquellas maletas, que eran unas auténticas chapuzas, reflejaban quién era yo en aquel momento: una mujer joven hecha un lío, sin nada estable a su alrededor y que no tenía claro lo que quería ser.

En aquellas maletas, aquellos atuendos esbozados, aquellas faldas que no combinaban con las camisetas, encerraban el código de mí misma. Volví a mi habitación —aún me quedaban unas horas antes de empezar a trabajar— e hice lo que todas deberíamos hacer como punto de partida: mirar mi maleta amontonada y abierta y pensar en mí misma. ¿Qué dice de nosotras ese montón de ropa?

En mi caso, hablaba de una chica de veintiocho años al borde de una crisis emocional.

Me gustaba mi trabajo, pero no sabía qué dirección darle. Sufría por un contrato mal pagado, una relación que estaba a punto de terminar y un caos mental que me llevaba a no querer elegir ya.

Me situé frente al espejo, como Erin Brockovich frente a Ed Masry al principio de la película (después de que él pierde el juicio por el accidente de coche) y me dije: «Soy lista, soy muy trabajadora, no puede ser que no sea capaz de hacer una maleta como es debido».

Luego, a Erin Brockovich la contrataban como secretaria sin seguridad social, pero al final de la película ganaba el pleito ambiental más importante de los últimos treinta años.

Erin Brockovich y yo no teníamos muchas cosas en común: yo no estaba divorciada, no tenía tres hijos y tenía un trabajo. Y la Pacific Gas & Electric contra la que tenía que moverme no era un coloso energético que contaminaba los acuíferos, sino que era yo misma contra mi caos latente.

En aquella habitación de hotel, sumergida en mis maletas y mi desorden, me eché a llorar.

Tocar fondo significa que ha llegado el momento en que encuentras fuerzas para enfrentarte a ti misma, mirar a la cara a tus debilidades y comprender cómo afrontarlas.

Erich Fromm dice: «La tarea en la que debemos trabajar no consiste en alcanzar la seguridad, sino en llegar a tolerar la inseguridad».

Ninguna mujer es perfecta y segura, yo la primera. Empaquetar y meter en la maleta la ropa adecuada de la forma adecuada es lo que creemos que todo el resto del mundo sabe hacer menos nosotras, porque nosotras siempre lo hacemos todo de prisa. Siempre vamos corriendo en pos de algo, cargando con el

peso de bolsas, bolsos y bandoleras, de recuerdos de otros llantos, de otros patinazos, de otros viajes destartalados.

Maldecirnos por nuestros errores es el primer paso, pero tenemos que enfrentarnos a nuestros defectos. ¿Por qué no soy capaz de organizar mis espacios? ¿Cómo es que me he traído todas estas cosas? ¿Por qué no he encontrado tiempo para reflexionar seriamente sobre lo que iba a hacer?

Estas son las primeras cosas que hay que preguntarse cuando una se da cuenta de haber errado el tiro por completo.

Las inseguridades no hay que ocultarlas, sino interrogarlas, considerarlas y manifestarlas.

Yo no quería buscar tiempo para organizarme porque tenía miedo de enfrentarme a mi incapacidad de previsión. O, mejor dicho, a mi *miedo*. Prever, organizar, siempre genera cierta ansiedad, y el principal problema que tenemos cuando nos preparamos para salir de viaje es precisamente este: el ansia de lo que va pasar, junto con el miedo a no ser lo bastante perfectas. Antes, durante y después del viaje.

Un viaje, sea del tipo que sea, es un momento de ruptura con los hábitos, una fuga inmediata en la que se lleva a cabo un acto de transformación. Somos nosotras quienes decidimos en qué queremos transformarnos. Esconder la cabeza bajo el ala y fingir que la ingenuidad es nuestra forma de afrontar la existencia no es la solución.

Y en medio está ella: nuestra maleta.

La maleta es el punto de encuentro entre lo que éramos y lo que seremos. Es lo que decidimos llevarnos en función de lo que vamos a tener que hacer y ser. Ida y vuelta.

El miedo a elegir qué vamos a meter en ella esconde el miedo a hacer previsiones y a meter en la maleta demasiadas expectativas, un miedo que esconde aún otro más: el miedo a la decepción. A que nos decepcione el viaje, pero, sobre todo, a decepcionarnos a nosotras mismas. Y así, como quien no quiere la cosa, acabamos metiendo en la maleta el caos, por las buenas. Como si nada tuviera sentido.

Pero ya basta. Ha llegado la hora de decir basta y de sacar ese poquito de valor que, pese a todo, nos hace ser quienes somos. Y quienes queremos ser.



nuestras maletas volvían a estar amontonadas en la acera. Teníamos mucho camino por recorrer, pero no importaba, el camino es la vida». Lo dice Jack Kerouac en el libro más citado por los adolescentes de todo el mundo: *En el camino* (al menos hasta los años noventa, no sé si ahora citan a Justin Bieber o a algún *youtuber*).

El viaje es la gran metáfora de la vida: sabemos —más o menos— de dónde venimos, pero no sabemos a dónde vamos a ir a parar.

Nunca pensamos en ello porque estamos demasiado ocupadas doblando camisas, pero cada maleta que hacemos marca un punto en nuestra existencia. Cualquier viaje que hagamos —unas vacaciones en la playa, una excursión a una ciudad monumental, un viaje de trabajo— es una apuesta con nuestra vida anterior.

Mi amiga Anna, esposa y madre, me contó que hasta hace dos años su principal preocupación antes de un viaje era la lencería que iba a esconder en la maleta para sorprender al hombre con el que vivía entonces. Ahora, con un niño de seis meses, todo gira en torno a bodis, baberos y sujetadores de lactancia.

Su maleta refleja exactamente lo que es ella en estos momentos: una madre primeriza que tiene como único interés, el

bienestar de su pequeño. Esto es perfectamente comprensible, pero si luego va a Liguria y se le olvida llevarse sus propios bañadores —como le pasó—, ahí tenemos un problema.

Y el problema, en su caso, es que se ha olvidado de sí misma y de que es una mujer.

Si Anna hubiera metido aunque solo fuera un par de braguitas de las que usaba antes de convertirse en una supermamá, la semana que pasó en Alassio hubiera ido, desde luego, por otros derroteros. Le hubiera recordado a ella misma, lejos de su rutina diaria, que no es solo una madre, sino también una mujer joven, aún más guapa y sexi después de la maternidad.

La maleta es una amiga que guarda nuestros secretos. Pero para que lo haga tenemos que fiarnos de ella y reconocer su papel.

Volvamos a los tiempos en que teníamos veinte años, a las maletas para las vacaciones en la playa en busca de grandes amores que luego, la mayoría de las veces, se transformaban en aventuras superficiales sin continuidad. No sé las vuestras, pero mi maleta siempre estaba llena a rebosar de vestiditos baratos y muy cortos, *looks* estudiados para llamar la atención en la discoteca, bisutería barata de colores fosforito, bañadores para que toda la playa se volviera a mi paso... En fin, cosas que jamás me hubiera puesto en mi casa.

Pensándolo bien, en la inocencia e inconsciencia de los veinte años, o de las historias en estado embrionario, encontramos la idea que debería acompañar a cada maleta en cada fase de la vida.

Cuando teníamos diecisiete años y soñábamos con conocer al príncipe azul en el complejo turístico de Djerba, hacíamos la maleta imaginándonos que éramos grandes conquistadoras, lejos de las aburridas estudiantes en vaqueros que éramos hasta un momento antes. Luego nos enamorábamos del animador rubio que también daba clases de *windsurf*. Le besábamos la no-

che antes de irnos y él nos juraba amor eterno. Al día siguiente él salía con nuestra amiga y nosotras estábamos destrozadas, encerradas en nuestra habitación, mirando las fotos en las que aparecíamos juntos vestidos de *sioux* durante el juego del aperitivo.

Pero el final da igual, porque de aquellas vacaciones regresábamos más maduras. Incluso cuando volvíamos a enfundarnos los vaqueros y nos cargábamos la mochila al hombro con el diccionario de griego, el recuerdo de aquel verano nos acompañaba entre las nubes y la niebla del curso escolar. Ya no éramos las mismas niñas del año anterior, sino chicas capaces de gustarle al animador más macizo del complejo.

¿Y todo eso gracias a qué? Gracias al sueño que habíamos metido en la maleta.

Sí, ya lo sé, creces, las ilusiones desaparecen, pero ese imaginarnos diferentes durante el viaje tiene que acompañarnos siempre. Aunque ahora les doblemos la edad a los animadores, aunque el gran amor de nuestra vida sea ese hombre en pijama que duerme en nuestra cama, aunque tengamos niños que absorben todas nuestras energías y nuestras horas de sueño.

Pero los sueños no deben desvanecerse.

Todo viaje conlleva un proceso emotivo, porque cada viaje es un proceso de descubrimiento, de cambio, de abandono de un estatus y adquisición de otro. Cada uno de nosotros, como decía Pirandello, es un concentrado de almas e identidades. Si esto es cierto para los hombres, no veas para las mujeres.

Nosotras somos profesionales, amigas, madres, esposas, amantes y novias. Consoladoras, asesoras, educadoras y ejecutivas (familiares, de empresa, de oficina y de grupos de amigas que no logran verse nunca porque siempre estamos todas demasiado ocupadas). Logramos mantener todas estas cosas unidas

con mayor o menor esfuerzo, y nos ponemos y quitamos trajes diferentes mejor que Arturo Brachetti.<sup>2</sup>

Por la mañana, hábiles organizadoras del día de los demás. Desayunos, cafés con leche, cruasanes, bolsos de mano, mochilas, bocadillos ecológicos...; y, mientras tanto, nos enfundamos la falda de tubo y los zapatos de tacón no demasiado alto porque de lo contrario nos destrozaremos las rodillas.

Salimos de casa metiendo pedacitos de nosotras mismas en el bolso, esperando que nos sirvan de algo a lo largo del día (maquillaje, unos zapatos de recambio, una barrita dietética —así nos saltamos el almuerzo, aunque luego, tenemos hambre y salimos a comprarnos un bocadillo de jamón—, tiritas por si nos pillamos el dedo con la puerta del coche —a mí ya me ha pasado unas cuantas veces—, desodorante...). Cruzamos los dedos, rezamos para que no nos hayamos olvidado nada y cerramos la puerta con llave.

Luego, entramos en el despacho y nos ponemos el disfraz de la perfecta profesional. Acatamos e impartimos órdenes y contestamos al teléfono.

Y luego otra vez, salimos, nos calzamos las deportivas y vamos a buscar a los niños a la piscina.

Por la noche, muertas de cansancio, intentamos echarnos encima una capa de entusiasmo junto con el colorete, y ya estamos listas para salir con nuestra pareja, con quien nos parece que nunca estamos lo bastante presentes.

Ser mujer es un desastre, todas lo sabemos, pero todas sabemos que también es increíblemente divertido.

Hay una película de hace unos años titulada *Tentación en Manhattan* en la que Sarah Jessica Parker interpreta a una madre que, además de ejercer como tal, tiene un trabajo que le encanta. Le ofrecen un ascenso que la llevará a pasar mucho tiempo en

2. Artista italiano de espectáculos de cambio rápido de ropa.

Nueva York, mientras que su familia —dos niños pequeños y su marido— vive en Boston.

Así, Kate se encuentra rebotando como una pelota entre la vida de madre imperfecta y la de profesional imperfecta. Junto con ella, su maleta, que la acompaña y la observa en estos continuos cambios. En Boston, esposa y madre, y en Nueva York, asesora financiera. En casa, su marido, Greg Kinnear, y en el trabajo, su jefe, Pierce Brosnan (pobrecita...).

Al final todo se arregla, como en todas las comedias norteamericanas, ofreciéndonos la solución que Woody Allen resumía en el título de una de sus mejores películas: *Si la cosa funciona*. La clave consiste en recoger todos nuestros pedacitos, intentar hacer un *collage* y tambalearnos encima, manteniendo el equilibrio y transformando nuestras decisiones en elecciones acertadas.

Kate entiende que sin su trabajo no sería ella misma, pero que sin su familia no sería nada, y por tanto elige el camino intermedio. Encuentra una solución laboral que la hace sentir igual de satisfecha sin obligarla a abandonar a sus hijos todas las semanas.

Una decisión que se va abriendo paso en su interior viaje tras viaje, maleta tras maleta. Cada vez que viaja de Boston a Nueva York se despoja de su papel de madre para asumir el de profesional, y a la vuelta hace lo contrario. Al vestirse y desvestirse comprende lo que es realmente importante para ella y de qué modo.

Incluso el paso del trabajo a las vacaciones o del escritorio al viaje implica un cambio de estado y de papel: esa especie de transformación, que para Sarah Jessica Parker se había convertido en rutina, nos pasa a todas nosotras cada vez que emprendemos el vuelo.

Cuando me voy de vacaciones, durante el viaje de ida no hago más que contestar al teléfono, mandar «los últimos co-

### • CAPÍTULO 1 •

rreos», e intentar que mi ausencia del trabajo sea lo más leve posible para todos. Porque cómo se las van a arreglar sin nosotras (en realidad, por lo general, todo el mundo se las arregla estupendamente, pero no nos lo dicen para que no nos lo tomemos a mal). Los primeros días nunca logramos relajarnos del todo. Seguimos teniendo la cabeza llena de fechas límite, preocupaciones, calendarios, etc. Luego, en el transcurso del viaje, el camino nos va meciendo y comienza la transformación. A medida que pasan los días, vamos aflojando las riendas y nos convertimos en compañeras más simpáticas y madres más atentas.

Durante las vacaciones, la familia recupera su armonía, al margen de las obligaciones diarias. Si lo pensáis, muchos de los recuerdos más bonitos que guardamos de nuestra infancia se remontan a las vacaciones, a cuando estábamos con nuestros hermanos y nuestros padres nos dedicaban más tiempo.

Cuando estamos de vacaciones podemos ponernos un solo traje (llevado de tantas formas como conjuntos hayamos metido en la maleta) y ver el efecto que nos causa. Y lo mismo cabe decir de los viajes de trabajo, cuando dejamos en casa nuestro rostro más cotidiano y nos concedemos un par de días para pensar únicamente en nuestra profesión.

Cada viaje es una oportunidad para hacer balance de nosotras mismas, y la maleta está ahí mirándonos, atenta y alerta.

Yo he descubierto que cuando estoy de vacaciones soy mejor novia, una hija más alegre y una amiga más fiel. Incluso he intentado cocinar, pero tengo que admitir que el intento no tuvo éxito... Bueno, tengo otras cualidades.

En cambio, en los viajes de trabajo he crecido, he aprendido a ser autónoma, a resolver cualquier problema por mí misma y a entrar en los restaurantes y a pedir mesa para uno. Me he aficionado a los desayunos de hotel y a los almuerzos en los bares. Le he tomado la medida al silencio. He comprendido que todas podemos salir de cualquier atolladero; incluso podemos llegar en

plena noche al aeropuerto de Tokio tras dieciséis horas de vuelo, encontrarnos en un sitio donde nadie habla inglés y es imposible leer los rótulos, y acertar igualmente cuál es el autobús al que tenemos que subir y llegar puntuales a nuestra cita.

Aprender a viajar sola me ha enseñado a ser una compañera más independiente. Porque una cosa es apoyarse mutuamente y otra muy diferente, dejarse caer encima de la gente como un elefante con vértigo.

He aprendido que ciertos problemas son míos y siempre lo serán. Que se pueden compartir, se pueden discutir, pero solo yo puedo resolverlos.

Me he vuelto más ligera, menos exigente, más dispuesta a escuchar y ya no necesito atención constante.

Mi novio no siempre lo reconoce, pero sé que en su fuero interno les da las gracias a mis maletas.

## UNA MALETA DE COLOR BERENJENA

as mujeres están hechas para amarlas, no para entenderlas.» Lo decía Oscar Wilde, que siempre tenía preparado el aforismo adecuado para cada ocasión.

Por dentro estamos hechas una maraña de tensiones, emociones y contradicciones. Queremos una cosa, luego otra y después volvemos a la primera. Todas las mujeres somos un poco como la chica del viernes de *Luna nueva*.

*Luna nueva* es una película preciosa, en blanco y negro, de los años cuarenta, y contiene uno de los diálogos más rápidos y largos de la historia del cine. Es la historia de una periodista, inter-

pretada por Rosalind Russell, que, tras divorciarse de su marido y director del periódico (Cary Grant), decide abandonar la redacción para dedicarse a su nuevo amor y a la familia. Sin embargo, él idea un plan para devolverle el entusiasmo por el trabajo, y ella cae en la trampa. Las convicciones se desmoronan y salen a flote las contradicciones, quizá porque era lo que ella quería de verdad.

Todas somos un poco como ella, porque ser mujeres es una elección continua, de la que no siempre estamos verdaderamente convencidas. ¿Trabajo o familia? ¿Niños o viajes intercontinentales? ¿Vestidito negro o falda larga con *strass*?

Practicar para saber organizar nuestras maletas es un ejercicio que nos ayuda a simplificar el caos que nos rodea.

Siempre se llega a ese punto en la vida en el que hay que decidir quiénes queremos ser realmente. Hay quien se deja arrastrar por los acontecimientos, quien piensa demasiado y deja pasar demasiado tiempo, y quien no medita lo suficiente y se encuentra con una existencia que nunca hubiera querido vivir.

Como todo el mundo, yo también he cometido errores. He visto cómo las ruedas de mis maletas entraban en habitaciones de hotel mientras me preguntaba «Pero ¿qué diablos estás haciendo, Marta?» y, en cambio, otras veces, las he visto entrar en casas que nunca hubiera querido abandonar, pero de las que luego salieron, dejando un pedacito de mi corazón.

Hay una maleta que recuerdo con más cariño que las demás. Es como si la estuviera viendo ahora, irguiéndose orgullosa, con su color morado berenjena, en medio del vagón del tren que me llevaba de Milán a Turín con ocasión del Salón del Libro.

Tenía veinticuatro años y siempre había soñado con ser periodista de libros. Una locura para muchos.

—Marta, ¿qué quieres ser de mayor? —me había preguntado mi madre en el baño, pues se acercaba el momento de elegir en qué carrera matricularme. Ella estaba limpiando la casa y yo la seguía como un sabueso, esperando que pudiera decidir por mí como cuando tenía tres años. Por suerte me equivoqué, lo que me permitió abandonar los estudios antes de lo que me había imaginado y dedicarme a lo que de verdad quería. Siempre he creído en la heterogeneidad de los fines.

—Quiero ser periodista de libros.

No escritora, ni tampoco reportera, sino «periodista de libros».

—Marta, intenta ser más realista.

Y de hecho fui más realista y me matriculé en Económicas en la Universidad Católica del Sagrado Corazón. Después de pasar un año encerrada en la sala de estudios de la universidad leyendo todos los libros de Víctor Hugo para no abrir el manual de Administración de Empresas, cambié de carrera. Me matriculé en Patrimonio Cultural y al cabo de un par de años tenía un título en las manos y la cabeza llena de dudas.

Así, en lugar de matricularme en un máster o irme de Erasmus, empecé a escribir. Primero colaboré en una revista de arte, luego mandé mi currículum a una cadena de televisión privada y me contrataron, y al cabo de un par de meses empecé a escribir reseñas. Al año siguiente, a mis veinticuatro años, presentaba un programa de libros en un nuevo canal de la TDT. Corría el año 2008, aún no existían ni el Kindle ni los *smartphones*. Quizá acababa de nacer Facebook. Parece increíble, pero es así.

Y allí estaba yo, sin la más mínima preocupación, en la flor de la juventud, en una época que parece tan lejana como cercana, en aquel tren con destino al templo del mundo editorial en el que tanto había soñado entrar como protagonista.

Mi maleta color berenjena contenía el mayor de mis sueños: kilos de libros de autores a quienes tenía que entrevistar.

¿Conocéis esa sensación de «escalofríos de felicidad»? Sucede pocas veces en la vida, la mayoría de ellas cuando eres

muy joven. Pues eso. Aquel fue uno de mis «momentos felices». Miraba aquella maleta morada, que era la encarnación de mi deseo. Lo había conseguido, pero porque había tomado una decisión: dejar la universidad para intentar hacer lo que de verdad me gustaba.

Una maleta puede convertirse en la «maleta de los sueños», pero se necesita determinación.

Un poco como en la película de Comencini, en la que el protagonista, Ettore Omeri, reúne en una maleta rollos de películas mudas y organiza proyecciones para que la gente no las olvide.

Las películas son los sueños que la vida real no siempre consigue alcanzar.

Pero yo no estoy del todo de acuerdo. Nuestra vida puede convertirse en una película si decidimos actuar como protagonistas. Y si hacemos bien la maleta.